

gimen democrático.

Con la puesta en vigencia de la ley de partidos políticos, es necesario recordar que éstos, en sus mejores tiempos, sólo contaron con un escaso ocho por ciento de la población electoral chilena entre sus militantes.

Pese a esa precaria base social, pretendieron representar a toda la opinión pública, mientras que en su interior sólo una élite o "camarilla" —la directiva del partido— determinaba la línea ideológica e imponía su conducta a los afiliados, constituyendo, en último término, un sistema oligárquico.

Por tal motivo, la tarea emprendida en esta nueva institucionalidad, conforme a la Constitución vigente, y delineada por la ley de partidos políticos, busca establecer y consolidar una real democracia, superando mecanismos caducos y apelando a los partidos para que cumplan adecuadamente su misión.

Etapa de definiciones

La Constitución y las leyes tendrán éxito sólo en la medida en que la mayoría de los chilenos creamos en ciertos principios libertarios, por lo que debe darse una conciencia colectiva en tal sentido.

Reafirmó esta idea quien tiene una visión clara, profunda y definida sobre el problema y, por lo mismo, mantiene la iniciativa política: el Primer Mandatario.

En vísperas de la celebración del sexto aniversario de la puesta en vigencia de la Constitución y de la promulgación de la ley de partidos políticos, el Presidente Pinochet dio a conocer su pensamiento sobre el período que se aproxima. Indicó que los chilenos deben participar en forma activa en la construcción del nuevo orden, llamando a los que aspiran a un futuro de paz, estabilidad y progreso, a rechazar la demagogia, la agitación y la violencia.

El Jefe del Estado, el viernes 6, en conversación con los periodistas de Moneda, explicó que estamos entrando en terreno de definiciones, y la opción que resulta fundamental y prioritaria es la que obliga a asumir una resuelta e inequívoca posición en beneficio de la evolución democrática del país.

En el mismo sentido, dio su voz de alerta a la ciudadanía, porque el marxismo y sus aliados "ya se han manifestado por oponerse tenazmente al camino democrático que estamos recorriendo".

"Pero lo que resulta más importante —concluyó— es que las grandes mayorías nacionales también están manifestando su opción. Y esa es por la democracia, el respeto a la ley y el orden jurídico y la moderación. Hacia allá camina el gobierno y hacia allá camina el país."

Victor Hugo Varela P. ■

JAIME GUZMAN

Entrevista históricamente deplorable



La entrevista al obispo Carlos Camus, publicada por *El Mercurio* del domingo 8 del presente, está llamada a hacer historia —ciertamente muy triste— por múltiples conceptos. Debido a las limitaciones de este espacio, me remitiré sólo a sus dos notas más agudas.

La primera se refiere a la conducción de la Iglesia por la Santa Sede.

Consultado por la periodista Raquel Correa sobre "si cree que el Papa actual, seguramente por su experiencia personal, puede ser demasiado conservador y estar, mediante nombramientos de autoridades, rechazando en exceso a la Iglesia", monseñor Camus responde textualmente:

"Sí, pero esas cosas no son obra de un Papa sino de un equipo... Dentro del misterio (de la Iglesia) está también lo que Dios permite. Dios escribe derecho con líneas torcidas".

Contrapreguntado acerca de si piensa entonces que actualmente las líneas están torcidas, el obispo entrevistado responde clara y tajantemente que "en lo inmediato, sí".

La discrepancia de monseñor Camus con la conducción de la Iglesia por la Santa Sede resulta tan clara como ilustrativa. Su propósito de radicarla en el "equipo del Papa", más que en el Santo Padre mismo, aparte de que comprende de algún modo a éste por tratarse de autoridades eclesiásticas de su especial confianza, incluye además al Pontífice de modo más expreso cuando el obispo Camus señala que para captar mejor esas "líneas torcidas" de la actual conducción de la Iglesia, él está leyendo la historia de Polonia, "porque para entender al Papa hay que entender la historia de Polonia".

El segundo tema al cual aludiré dice relación con los enfoques del entrevistado acerca del intento de asesinar al Presidente de la República, ocurrido el 7

de septiembre último y en el cual fueron muertos cinco de sus escoltas.

Monseñor Camus no esboza ni una sola palabra de condena para ese abominable hecho terrorista. Luego de frivolar sobre su credibilidad, admite que "ahí hubo un atentado" y que "el Frente Manuel Rodríguez lo reconoció". Pero agrega que él cree que los autores de dicha emboscada "no tienen tanta culpa", ya que "les habían declarado la guerra y ellos hicieron su guerra", circunstancia donde "se mata o se muere".

Estamos así ante la primera persona en Chile, ajena al MDP, que —al menos en forma pública— pretende justificar moralmente el referido atentado contra el Jefe del Estado y el asesinato de cinco de sus escoltas. Y esa persona es nada menos que un obispo de la Iglesia Católica.

Pero hay más.

Acto seguido, monseñor Camus enaltece a los asesinos cuando afirma que "cuando se estudie eso como hecho de guerra tal vez van a ser héroes". Contrapreguntado si él ve heroísmo en los autores del atentado, responde textualmente: "sí, hay que reconocerlo".

Con ello, el obispo Camus se transforma, además, en instigador público del terrorismo, ya que lo heroico ha sido siempre motivo de especial encomio e imitación.

Creo que cuando el MDP anuncia una agitación violenta como el clima más propicio para la anhelada visita del Santo Padre a nuestra patria, el que un obispo chileno justifique e implícitamente instigue el terrorismo que el Partido Comunista despliega a través del Frente Manuel Rodríguez, exige el más categórico repudio público, como uno de los episodios más vergonzosos e inaceptables de que se tenga memoria.